

Pseudónimo de la autora: ANFIBIO

Extensión Del docum. 3 páginas.

**Título : EL ALMA**

El techo es ocre. Ocre desde mi infancia. Cada noche me instalo en su gotera, que es breve y silenciosa. Me voy desnudando con la urgencia justa. Los lunes más despacio, porque aún la pereza del domingo tiene sitiadas las piernas. Deben ser más de las diez. Yo diría que la gotera marca las pautas de mis movimientos. Como un reloj dominante. Y sin embargo, mi alma cada noche igual. Como un niño que corre al mar ella escapa de este cuerpo fatigado.

Mi alma, de siempre, ha sido violeta, y suele echar humo. Se ajusta las gruesas lentes de concha gastada. Se rasca la cabeza. A veces me mira mal. Etérea y sin embargo, tan lánguida, se escurre desde la colcha hasta la gotera y allí, solo allí, exhala una sonrisa liberada y audaz. Al fin, medita, y ella cree que no la oigo, pero siempre le presto mis oídos. Desnuda, casi incorpórea, se deja caer en el pequeño charco que brilla en el suelo. Un charco erosivo y breve, perpetuo. Ocre como el techo. Allí huméa mi alma. Huméa y se enciende un cigarrillo para humear aún más mi cuarto.

Lo de tu educación-farfulla hundida en el agüilla tibia-volvemos al tema. A estas horas el alma exige siempre un grado de prestación al psicoanálisis que yo no termino de comprender a causa de la fatiga.

Alma mía-susurro-yo también quería haber aprendido a matar dragones. El alma violeta se escurre en el charco y da unas brazadas. Ha vuelto a apagar el cigarrillo en la losa. Resoplo. Le gusta apagar el cigarrillo en la losa .

Mi alma no quería haber aprendido a ser una princesa. Ya desde niña. Rebelde, autóctona.-El disfraz de hada no!. Ella quería ser una bruja. Pero era demasiado bonita. Las brujas, las sagaces, las malvadas brujas. Ella quería

haber pertenecido a una alquimista sagrada. En vez de a mí. La estúpida- decía-la que se creyó que las mujeres somos princesas. La que no expresa emociones porque no son convencionales. La que calla cuando su marido da por zanjada la discusión. La que calza tacones para que sus piernas midan diez centímetros más. La de las varices trepadoras que sujetan las cortantes medias elásticas.

La elasticidad , sonrío. Yo quería-y aquí baja la barbilla con melancolía-ser una bruja. Y saber matar dragones. Yo no quería ser una princesa.

Todo lo que he luchado. Alma mía-le digo. Está llorando. A veces se ríe. Otras no. Se pregunta por qué hay tantos sueños que nunca volvieron a ser soñados.

-Sacrifiqué.-contesto. Esa es la palabra maldita. El sacrificio se llevó los sueños. Horas y horas dedicadas a una casa, a un espacio muerto. El olor a lejía, que dice mi alma violeta, mata los sueños.

El alma de una mujer, que no es femenina ni masculina, quiere la libertad y ansía poder escapar corriendo de este mundo infernal que utiliza a la mujer para poner la belleza sobre él. Dice que nacemos libres. Libres. Y después nos vamos poniendo amarillas, delgadas, serenas, secas y estériles de sueños. Pero asimismo serenas, señoras, delicadas, perfumadas de amoníaco y de rosas muertas, salimos a la calle con el rostro pintado. Como un maquillaje de guerra. Pero el alma se va muriendo. Porque también hay sueños de independencia, y éstos, si la mujer se resigna, van matándola y convirtiéndola en lo que todos esperan que sea.

Yo la comprendo. No la he matado porque en mí malviven la rebeldía y las goteras como un vagabundo en una avenida. Yo la cuido. Aprendo a amarla

cuando me escapo de la convenciones que la atan, y beso su muñecas que han sido amordazadas por la alienación y el miedo. Amo a mi alma y ella que lo sabe, sobrevive. Ella quería haber aprendido a matar dragones. Y sólo sabe maquillarse la sonrisa. Quería haber aprendido a preparar brebajes contra el enemigo. Pobre alma mía que quería ser una bruja y tiene que conformarse. Me mira como te mira un hijo que tiene miedo de la noche. Ella teme por su vida. Sobretudo cuando llego a casa, cansada de criterios y cargada de responsabilidades de otras almas, y aún le discuto que fume un cigarrillo en la gotera, junto a la cama.

Eres una mujer-me reprocha con solemnidad-además de madre y esposa. Además de ser lo que el mundo espera de ti.

A veces me hace reaccionar. Me quedo mirando su delicadeza y también la fuerza que emana. Y recuerdo a la niña que aún era salvaje. Hoy me da miedo casi todo. Y el reloj de mi gotera sigue marcando su curso.

Qué incómodo silencio sabe provocar este alma mía con sus reproches. Y sin embargo, viene a abrir los puños apretados de rabia y se instala en mis manos cómodamente. Cruzamos miradas. Tú no te rindas, y a veces veo en ella el brillo de la infancia, la sabiduría bellísima de la madurez. No puedo más que besarla y depositarla suavemente en mi corazón. Se despereza. Su color violeta me va inundando despacio, como una herida que sangra para liberarse del veneno. Alma mía. Y ella me devuelve una mirada de esperanza.

-Esta noche mataremos dragones-susurra mientras se va quedando dormida, respirando con profundidad, con los labios secos, risueños.

Me quedo mirando la gotera en el techo. Todo es tan ocre. Hay aguas irisadas donde cada gota muere al caer.